

que efectivamente fuera muy duro exigirlo de antemano para la absolucion en riesgo de muerte, en que muchas veces es imposible. De lo que se infiere que cuando en la antigüedad, y aun en el Concilio de Elvira, se negaba la paz á los moribundos, no se les privaba por eso de la absolucion sacramental; y el Concilio Niceno nos lo demuestra bien claramente, cuando al mandar que no se prive á los moribundos del Viático necesario, ó de la absolucion sacramental, dice con palabras terminantes, que esta es la ley antigua y canónica (1). Y efectivamente ¿quién se persuadirá que la Iglesia, una madre tan tierna de los fieles, haya podido abandonar jamás á muchos de sus hijos, y en especial en aquellos tiempos de afliccion? ¿O podrá creerse que fondearon bien todo su espíritu los rigoristas, cuando hablan de la denegacion de la paz ó de la penitencia, diciendo con frialdad, que la Iglesia en estos casos abandonaba los pecadores á la misericordia de Dios?

27. El Concilio Iliberitano, el mas antiguo de cuantos nos dieron cánones de disciplina, es acreedor á nuestra atencion en particular acerca del punto del celibato y pureza del Clero. Manda á los Obispos, á los Presbíteros, Diáconos y Subdiáconos, en el cánón trigésimo tercero, que se abstengan de sus mugeres; cuya ley general se puede creer no fuese nueva si se atiende á la importancia de la materia. Y en efecto ¿cómo hubiera podido tener tanta autoridad un corto número de Obispos Españoles, si la costumbre fuese

(1) *Conc. Nicen. can. 3.*

contraria? Era por tanto su mandato una confirmacion de la ley comun, que se observaba desde tiempo inmemorial por los Ministros de los altares, mas bien en fuerza de una tradicion Apostólica, que por alguna ley terminante.

Y aun el deseo eficaz de promover una virtud tan delicada como la castidad, impulsó á los Padres del Concilio de Elvira para que vedasen á todo Eclesiástico tener en su compañía persona alguna del otro sexo, á escepcion de su hija ó hermana, y esto siendo vírgen ó consagrada á Dios, para evitar toda sospecha. El mismo Concilio veda igualmente que se ordene en una provincia á los sugetos bautizados en otra, y que se deje dinero en las fuentes bautismales al tiempo de recibir el bautismo, para evitar que el santo Ministerio presente la menor vislumbre de interés. Prescribe tambien que el Cristiano residente en una ciudad, que por tres Domingos seguidos no vaya á la Iglesia, quede en penitencia escluido de ella por igual tiempo; y que cualquiera que intempestivamente tire por tierra ó destruya los ídolos, y por este motivo reciba allí mismo la muerte, no se le cuente en el número de los Mártires.

Hállase además en estos cánones el origen de la prohibicion á los Clérigos de egercer el tráfico; bien que no se les prohíbe toda especie de trato, sino solo negociar fuera de su provincia y seguir en persona las ferias y mercados; porque la necesidad é indigencia de las Iglesias motivaban estas condescendencias. Otro cánón del Concilio de Elvira manda que no se

hagan pinturas en las Iglesias, lo que parece á primera vista no fácil de interpretar, porque la doctrina que observa la Iglesia desde el origen de los Iconoclastas, debe haber sido la misma en los tiempos mas lejanos. Pero se añade la razon de mandarlo así, y es para évitarse que se pinten imágenes en las paredes; porque en aquellos tiempos de calamidad era de temer que si sobrevenia una persecucion repentina é intempestiva, no podrian libertarse de la impiedad y furor de los idólatras las santas imágenes que hubiese puestas en las tapias, y se espondrian á ser profanadas. Tal es cuanto hay mas digno de atencion en el Concilio de Elvira, uno de los primeros que distinguen entre la excomunion y el anatema: la primera la juzga como la privacion con límites de la comunión, respecto del pecador á quien se espere corregir por este medio: y el anatema como la separacion perpetua del gremio de la Iglesia de un incorregible, al que por esta sentencia se le pone en la clase de los infieles.

28. Era mas furiosa que nunca en el Oriente la persecucion; porque Galerio que habia podido cautelosamente tomar cierto poderío sobre Diocleciano, y por otra parte era señor inmediato de muchas grandes provincias, y soberano en otras, se daba abiertamente y sin reserva á todas las atrocidades que le dictaba su odio al cristianismo. Pocas veces quedaba satisfecho con mandar solo quitar la vida; una muerte regular era el beneficio mayor que podian esperar de él los Confesores; y por crecido que fuese el

número de las víctimas, apenas eran suficientes á saciar su ferocidad. Era necesario para complacerle que los suplicios fuesen tan rigurosos como repetidos y duraderos, y contraía un gran mérito con él cualquiera que inventaba alguno nuevo; ejecutándose siempre los que causaban los dolores mas prolongados y al mismo tiempo mas crueles.

No era ya costumbre esponer, como antiguamente, los Cristianos á las fieras, si antes no les ensangrentaban todo el cuerpo con crueles azotes. Tenian por una muerte muy dulce que los arrojasen al mar, y antes de hacerlo ponian al paciente en un saco de cuero, con un perro y una víbora; cuyo castigo estaba desechado por sobrado bárbaro aun con los parricidas. Valianse de cascotes de vasijas quebradas en lugar de uñas de hierro, con el fin de despedazarles el cuerpo con mayor lentitud hasta que espirasen. Ataban á las mugeres por un pie y las alzaban en el aire con cierta máquina de modo que quedaban afrentosamente colgadas con la cabeza abajo; y se empleaban otros mil artificios infernales para atormentar con su propio pudor y virtud á los que luego se mostraban impávidos al terror. Ataban á muchos por los pies á dos árboles que reunian con violencia á fuerza de máquinas, y soltándolos despues se llevaba cada uno, al tomar su natural posicion, los miembros del Mártir que iban ligados á sus ramas: y á otros cortaban las narices, las orejas, los dedos de los pies y de las manos, y sucesivamente las demás partes del cuerpo. Quemábanlos en algunas ciudades á fuego len-

to, ó mas bien los cocian vivos y añadian el escarnio á la barbaridad, sazizando su carne con sal, vinagre y toda clase de ingredientes. Vertian en otras partes plomo derretido por las espaldas ó en el seno de los hombres y mugeres, y les hacian padecer otras indignidades tan infames y horribles que el pudor nos obliga á pasarlas en silencio.

Por fin una vez mandaron reventar el ojo derecho y cortar el jarrete izquierdo á una prodigiosa multitud de Cristianos, y luego los remitieron á trabajar á las minas, dejándoles solo por crueldad un miserable resto de existencia, mil veces mas aborrecible que la muerte. Otras veces los tiranos por capricho ó por impaciencia variaban sus gustos, sacrificando una multitud de víctimas á un mismo tiempo para que no llegaran á fastidiarles las crueldades prolongadas y crueles que continuamente egecutaban. Eusebio y Lactancio cuentan que toda una ciudad de Frigia fue entregada á las llamas, con mugeres y niños, porque sus habitantes eran Cristianos; aunque es cierto que se permitió salir á los que quisiesen; mas como las circunstancias eran tales que daban motivo á sospechar de la fe de los que se retiraban, todos sin escepcion alguna prefirieron morir en el incendio. Eusebio añade que fueron tantas las cabezas que se cortaron en un solo dia, que se enmohecieron las espadas; y los verdugos, cansados de degollar, apenas pudieron acabar la egecucion relevándose á menudo unos á otros.

29. Sufrieron todos los tormentos mas execrables

que puede discurrir la crueldad mas rabiosa los Santos Taraco, Próbo y Andrónico, mártires de Cilicia: los azotes, las uñas de hierro, los garfios afilados, las planchas encendidas, el vinagre y la sal vertidos en las heridas, los vahos pestíferos; en una palabra, todas quantas inhumanidades se egecutaron sucesivamente con todos los Mártires, las vemos juntas contra estos tres héroes del cristianismo. Mandó el tirano que le siguiesen de ciudad en ciudad, haciéndoles sufrir hasta cuatro veces los tormentos mas rigurosos: y los intermedios que pasaban en las cárceles eran para ellos suplicios aun mas insoportables. Y no solo no pudo vencer su constancia, sino que le respondieron con tanta firmeza de ánimo, con tanta fuerza y presencia de espíritu, y aun con un aire de desprecio ó de autoridad, que en vez de mostrar flaqueza, parecia que daban en el extremo contrario si la entereza divina de sus contestaciones no demostrase que el Espíritu Santo hablaba por su boca. En cuatro partes están divididas las Actas de estos santos Mártires, de las cuales las tres primeras que contienen los interrogatorios son copias literales de los procesos que un soldado sobornado con dinero habia comunicado á los fieles; y la cuarta parte que trata de su muerte es obra de los Cristianos que presenciaron su triunfo.

30. Prendieron á Julita, de familia muy ilustre, en la capital de la misma provincia de Cilicia, y la hicieron padecer toda clase de infamias; y su hijo que llevaba consigo, de solos tres años de edad, lloró tiernamente al ver correr la sangre de su madre,

por lo que el Juez mandó que se lo llevasen y le hizo callar con caricias. Pero Ciro ó Círico, que era el nombre del niño, alargando á su madre los brazos y abalanzándose á ella con todas sus fuerzas, se dió traza á desasirse del Gobernador, le dió continuos golpes con sus pies, le arañó el rostro, y dijo á imitacion de su madre, que era Cristiano. Arrojólo entonces el brutal Magistrado tan ferozmente al suelo desde lo alto de su tribunal, que estrelló la cabeza del niño Mártir, de modo que los sesos quedaron pegados á las gradas, y todo aquel lugar se regó de su inocente sangre. Dió gracias á Dios la madre de Ciro por tan grande beneficio, y poco despues la degollaron.

31. Era el santo mártir Barlaám (que tuvo por panegiristas y admiradores á San Basilio y San Juan Crisóstomo) un simple pastor de Capadocia, cuya firmeza de espíritu triunfó de los movimientos mas naturales, no menos que de las astucias de todos los tiranos. Pusiéronle por fuerza el brazo en el altar de los ídolos, y estendiéndole la mano le llenaron la palma de incienso y de carbones encendidos, con el objeto que meneando la mano por la fuerza del dolor, cayese el incienso sobre el brasero dispuesto de intento, y pudiesen decir los infieles que lo ofrecia en honor de los ídolos. Pero Barlaám tuvo la firmeza de no mover el brazo, hasta que los carbones que tenían cuidado de soplar y renovar de cuando en cuando, le agujerearon la mano y cayeron al suelo por la herida. Espiró el santo Mártir en este tormento; lo

que no solo da á entender la violencia de los dolores que padeció, sino el heroismo de su fe, incomparablemente mayor que los horrores de la muerte.

32. Á un hombre totalmente entregado á los deleites de la carne que se llamaba Bonifacio, y estaba amancebado con una dama Romana llamada Aglae, hija de un Procónsul y poseedora de un pingüe patrimonio, comunicó igual fortaleza la virtud de Jesucristo (1). Pasados muchos años de vergonzoso comercio, Aglae tuvo la devocion, bien estraña en una persona de su conducta, de enviar á buscar al Oriente reliquias de Mártires; y pidiendo á Bonifacio que desempeñase en persona la comision, la dijo este chanceándose al tiempo de ponerse en camino: *por lo ménos si os trajesen mis propias reliquias, tened cuidado de guardarlas con respeto.* Á pesar de esta ligereza, Bonifacio en el viage hizo mil sérias reflexiones que concluían con esta: „mucho me convendria entrar conmigo y hacer algunas obras de penitencia; pues aunque reconociéndome indigno, voy sin embargo á encargarme de las reliquias de aquellos defensores de una doctrina que gracias al cielo no estoy muy distante de abrazar.”

Se dirigió con estas consideraciones á la ciudad de Tarso, capital de la Cilicia, donde esperaba encontrar con facilidad lo que iba buscando; y en efecto no se engañó, y halló una espantosa carnicería de aquellas santas víctimas. Uno estaba pendiente cabeza abajo sobre un brasero encendido: otro tenia

(1) Amon. pag. 332. Vales. ad lib. 27.

dislocados los miembros en fuerza del ecúleo y otras máquinas. : otro estaba cosido al suelo con un palo que le atravesaba el cuello : á otro acababan de serrarle por la mitad del cuerpo : por último habia veinte Cristianos atormentados á un mismo tiempo de diversas maneras. En tan grande espectáculo se dejó llevar Bonifacio de todos los afectos que le dictaba la gracia que obraba en él. *¡Qué grande, exclamó, es el Dios de los Mártires! Os pido con encarecimiento, ó soldados de Jesucristo, que rogueis por mí para que tenga parte en vuestras batallas y victorias;* y al pronunciar estas palabras se postró á sus pies, besando con religiosa veneracion sus heridas y sus cadenas. El Gobernador que presidia en persona á la egecucion, preguntó quién era aquel atrevido que parecia insultar su autoridad; y Bonifacio, á quien nada podia arredrar, fue al punto sentenciado á padecer toda especie de tormentos; le clavaron agudas espinas por bajo de las uñas, le pusieron en la boca plomo derretido, y le arrojaron en una caldera de pez hirviendo. Lloraba de compasion el pueblo testigo de estas atrocidades, y en vez de aplaudir tan grande tiranía, mostraba la mayor indignacion contra el Magistrado que la autorizaba; porque ya era otro tiempo muy diverso de aquel en que todo el universo parece que se habia conjurado contra el Omnipotente y su precioso Hijo. Así que comenzaron á conocerle, no pudo menos de mitigarse el odio general que le profesaban; y aunque el infierno hacia los postreros y mas grandes esfuerzos contra la doctrina de la salvacion,

los hombres abrian los ojos á la luz que les conducia por la senda verdadera. Aunque se contentaban los Cristianos con llorar sin propasarse á la menor violencia, sentian vivamente este proceder del Gobernador: pero los Gentiles prurumpieron en amenazas, gritando despues con mayores voces que los fieles: *¡qué grande es el Dios de los Cristianos! ¡qué poderoso es el Dios de los Mártires!* Echaron al punto por tierra el altar, y se armaron de piedras contra el Juez impio, el que se retiró atemorizado y al dia siguiente mandó cortar la cabeza á Bonifacio. Pronto llegaron á manos de Aglae las reliquias de este nuevo Mártir, y repartiendo todos sus bienes entre los pobres, pasó lo restante de su existencia en la soledad entregada á los egercicios de la penitencia (\*).

33. En la décima persecucion, la Iglesia Romana como toda la Italia no fue la que menos padeció, distinguiéndose entre todos los Cristianos que sufrieron el martirio en aquel tiempo, el ilustre Obispo de Benevento, San Genaro y sus colegas. Aunque la historia escrita mas de seis siglos despues que sucedió no puede tenerse por una autoridad terminante; sin embargo la veneracion de todo un pueblo que la cree autorizada por un milagro perpetuo, no deja duda de la verdad de este memorable triunfo, ni de la

(\*) Las reliquias de este santo Mártir fueron trasladadas en el siglo diez y siete desde Roma al Convento de Dominicos de Luchente en el Reino de Valencia, y algunos años despues á la Parroquial Iglesia de la villa de Carcajente, donde es venerado como Patron principal.

magnanimidad extraordinaria del héroe que lo consiguió (\*).

(\*) Por este tiempo, y durante la cruel persecucion de Daciano en España, Alcalá de Henares tuvo la gloria de enviar dos Mártires al cielo en los dos inocentes niños Justo y Pastor, que de edad de nueve años, habiendo oido que Daciano llegó á su ciudad para egecutar las órdenes de Diocleciano, arrojando las tablillas de que usaban para escribir en la escuela, salieron de ella y se presentaron al Gobernador, diciendo en alta voz que eran Cristianos. Mandólos azotar, como á niños que eran; mas permaneciendo constantes y firmes, avergonzado el tirano los hizo degollar, y así murieron en el mes de Agosto. La Iglesia celebra su triunfo el 6.

Sin grave injuria de nuestra Patria y Religion, á cuya gloria incomparable hemos visto concurrir los varones esforzados con los inocentes niños y delicadas vírgenes, no podemos omitir en este lugar la memoria de las dos Eulalias, una de Mérida y otra de Barcelona, y de Santa Julia compañera de la de Mérida, las cuales murieron gloriosamente por la fe y virginidad en esta misma época.

El Mtro. Florez en los tomos 13 y 29 de su España sagrada, prueba y convence que las dos Eulalias fueron distintas y no una misma como algunos han pretendido, atribuida á las dos ciudades. La primera nació en Barcelona á fines del siglo tercero de padres nobles y Cristianos, que con motivo de la persecucion se habian retirado con ella á una casa de campo no lejos de Barcelona. Pero luego que llegó á sus oidos el edicto imperial publicado contra los discípulos de Jesucristo, abandonó su casa, y sin dar parte á su Padre, se presentó á Daciano, quien le preguntó ¿quién era? *To soy Eulalia* (le respondió) *sierva de de Jesucristo, único Rey de los Reyes, en cuya confianza no temo penas, ni tormentos, ni la muerte.* Al punto mandó azotarla cruelmente, y en medio del tormento, le dijo el Gobernador, que la perdonaria si sacrificaba á los dioses del Imperio. La Santa se burló de su oferta, é irritado el Juez mandó estenderla en el ecúleo y rasgar sus costados y todo el cuerpo con garfios y uñas

34. Tienen igualmente por Mártir diversos autores al Santo Papa Cayo, que en el año 283 habia sucedido á Eutiquiano; pero hay monumentos mas

de hierro. La hizo despues suspender de un madero, al cual aplicaron haces de leña encendida. Las llamas al principio se volvieron hácia los verdugos; mas orando la Santa Virgen á Dios, que no la negase la corona, el fuego la sofocó. Llevó Daciano su furor mas allá de la muerte, é hizo que su cuerpo, desnudo como se hallaba, perseverase colgado en el madero para pasto de las aves y confusion de los Cristianos. Pero el cielo no faltó con prodigios, y comenzó á caer nieve que como de un lienzo cubrió sus carnes virginales; hasta que despues de tres dias recogieron los fieles su cuerpo y embalsamándole fue enterrada honrosamente.

La Eulalia de Mérida, capital de la antigua Lusitania y hoy comprendida en la Estremadura, fue sentenciada á muerte por Calpurniano, que gobernaba la provincia, y la acompañó en el martirio Santa Julia.

Debemos añadir á estas heroínas á Santa Leocadia, á quien los Padres del Concilio Toledano V. dan el título de Confesora: incitada é inflamada con el egeemplo de las dos Eulalias, ardía en vivos deseos de padecer el martirio. Fue presa y puesta en la cárcel por Daciano, en la cual murió confirmando sus ansias de morir por la fe cristiana.

Son tambien célebres los martirios de los Santos Hemeterio y Celedonio, que abrasados con la llama del amor divino sufrieron en la ciudad de Calahorra el mas glorioso combate, y despues de tormentos inauditos fueron degollados en 3 de Marzo. Siguieron á estos los Santos Acisclo y Victoria á quienes Dion, enviado á España por Diocleciano, dió cruel muerte mandando asaetear á Santa Victoria, y cortar la cabeza á San Acisclo despues de haberlos atormentado inhumanamente; y consiguieron la corona el 17 de Noviembre. El Mtro. Florez tom. 10 trat. 32 cap. 60 pág. 263. Por este mismo tiempo fueron martirizados San Felix de Gerona y San Cucufate, con otros, que seria imposible referir.

antiguos que nos inducen á creer que solo fue Confesor. Se pretende tambien que era pariente del Emperador Diocleciano, y que animó á padecer el martirio á Gabinio, sobrino de Diocleciano, y á Susana, hija de Gabinio. No le halló la política al Emperador Galerio, despues de la muerte de su primera muger, otra esposa mas á propósito que Susana, que como llevamos dicho era de la sangre imperial: pero habiendo elegido por esposo á Jesucristo, ninguna consideracion fue suficiente á hacer mudar de resolucion á aquella vírgen heroica, que no solamente prefirió mantenerse obscura, sino tambien sufrir una muerte violenta, á ser Soberana del mundo. Fue tambien comprendido en la proscripcion su padre Gabinio, solo por haber dado asenso á aquella constancia religiosa; y el Papa Cayo, á quien se tiene por hermano de Gabinio, hizo cuanto pudo para alentar el valor del padre y de la hija; aunque no fue preso y vivió un año mas, á saber, hasta el dia 22 de Abril del año 296.

35. Le sucedió Marcelino en el Pontificado despues de dos meses, y gobernó ocho años la Iglesia. Se han contado mil fábulas absurdas de este Papa, las que se destruyen por sí mismas, á causa de los anacronismos é inverosimilitudes de que están llenas. Y en verdad ¿qué sana crítica podrá permitir que se haga comparecer á este Pontífice ante un Concilio celebrado en Siracusa, y compuesto de trescientos Obispos, á pedir perdon de sus pretendidas idolatrías? ¿Cómo hubieran podido reunirse tantos Prelados, cuando es-

estaba en su vigor la mas violenta de todas las persecuciones, siendo así que en el tiempo mas apacible de la Iglesia rara vez pudieron juntarse un número tan crecido? Eusebio, de cuya exactitud no puede sospecharse que omitiese un hecho tan considerable, no hace siquiera mencion de él; y la historia de Teodoreto nos da otra prueba mayor de esta calumnia, pues habla espresamente de Marcelino, y de la persecucion en que se quiere que idolatró, y afirma por el contrario que el Papa se señaló en ella por una constancia y un valor dignos de envidia. Contra el Donatista Petiliano y los sectarios de su tiempo sostuvo formalmente San Agustin la falsedad de esta calumnia: pues respecto á los primeros Donatistas nunca echaron en rostro á la Iglesia este pecado de su Cabeza, siendo así que para sostener su mala causa ponian el mayor cuidado en mirar los defectos de los Prelados Católicos, y principalmente de los Pontífices; esta reflexion es poco menos que convincente. Pero dejando aparte el origen de esta imputacion falsa, es cierto que todos los historiadores así hereges como ortodoxos, convienen en que el Papa Marcelino finó santamente su vida. Estuvo vacante la santa Sede por mas de tres años y medio, despues de su muerte, que parece fue por medio del martirio; tan peligroso era subir á ella por la implacable crueldad de los tiranos.

36. Habia sido muy feliz el reinado de Diocleciano antes que se declarase contra la Iglesia: empero desde que principió á perseguirla, todos los incidentes